

quede, pensemos en los humildes, limpiemos nuestra alma de soberbia.

Las frutas de la estación aprobaban con un comentario de dulzura risueña. Gabriela encontró secretos en el pastel y en el helado y luego, abriendo los dulces ojos, añadió:

—Sólo por las sandías yo querría que Tacna no fuera de los peruanos...

Mondando una pera, de aquellas que servían de inspiración a los monjes descalzos, Palma Guillén repuso:

—Hay frutas que saben a aguacero, y otras que huelen a mes de agosto, a tarde tibia...

—Y a sonrisa de niño—agregó Gabriela.

Eso me suscitó la evocación del verso de Jammes, que González Martínez tradujo:

«entre melones de oro, bajo la Primavera».

—¿Se imagina usted, Valle, un libro de lectura para niñas, con todos esos temas del campo y de la canción? Yo ya no quiero hacer más poesía dolorosa. Le voy a dar para «El Universal» del domingo un poema, que es el último grito de mi poesía desesperada. Ya es tiempo de aquietarse, de serenarse: se encienden lámparas, el agua tiene un color de paz, y si yo persisto en esa actitud parecerá que es «pose» y yo detesto la «pose»: por eso me enfada que se me quiera retratar con un libro en la mano o escribiendo. Yo he visto algo de la vida, pero sé poco. Eso de la erndición me asusta. Hablemos más bien de las rondas de niños y de las canciones de cuna.

Ahora comprendía por qué algunas gentes asustadizas, que escriben crónicas, la van a visitar con curiosidad.

—Todos los países—prosiguió—tienen la canción de cuna artística y sólo en nuestra América Española la tenemos trivial y fea: hay que depurarla, clarificarla.

—En Chile es donde más se ha hecho en asuntos de folk lore. Y hasta he encontrado la semejanza de un mito de los araucanos con una creencia de los indios de Centro América: un ojo de agua quiere decir que cerca vive una culebra, y si ésta muere o la matan, el agua también se muere.

—¿Y dónde conseguir,—preguntó ella—las leyendas de México, un libro que me vaya orientando?

Le sugerí la obra que acaba de editar la Secretaría de Fomento bajo la dirección de Manuel Gamio, y el Ilhuicamina, que ha inmortalizado Montenegro, en un vitral nos llevó de la mano hasta el cielo inefable en que vive y reina el Padre Sahagún.

—No crea que leo mucho: me leen de noche. Algunos no se explican por qué no les contesto las cartas. Figúrese: allá en Santiago, el día se me reparte en labor del Liceo de las 8 de

la mañana hasta las 5 de la tarde, y cuando llego a casa, estoy muy cansada, casi deshecha. Mi madre vive en La Serena, por exigencias del clima, y cuando quiero verla voy a Coquimbo y la hago una señita y ella viene. La Serena es una ciudad de beatas.

—Ya sabía—argüí—que usted no cree en las beatas, pero que cree en Dios.

—¡Pero si hasta se ha dicho que he querido tomar el hábito franciscano! Sólo que yo no creo en que el signo visible es preciso para poseer la gracia invisible.

El nombre del Padre Margil nos oreó como una brisa en la floresta.

—¿Sabe, Gabriela, que el P. Margil tenía como usted la alegría de andar, pues fué desde California hasta Costa Rica?

—¿La California? ¿La única tierra que, según sé, es lo único que tienen los yanquis, como fué de México?—interrumpió.

—Pues el Padre Margil, por donde iba cantaba: así, cantando un «Alabado» que todavía repiten los indios a la caída de la tarde, cuando suspenden sus labores...

—¡Ya usted ve! La melodía del verso, las almas oscuras que se alegran cuando cae esa luz... Allá en Chile tuvimos al Padre Valdivia que también es inolvidable.

—No sé por qué he pensado en el Padre Margil. Y me figuro que usted tiene mucho de aquel gran espíritu y que él como usted tenía la voz de maitines, pareja, pero con una voluntad que hacía manar agua y aceite de las rocas. Si hubiera vivido en el desierto, habría vendido arena para no estar de ocioso. Únicamente que él sí escribía muchas cartas al día, no tuvo la inteligencia mágica de yo sé quién...

—Todos tenemos la influencia de alguien, pero debemos conversar sólo con uno o con dos, porque cuando yo hablo con muchos a la vez en un día, me parece que no he hablado con nadie.

*Quiero a la sombra de un ala
contar este cuento en flor...*

(Martí, Margil... era la grata resonancia en mis oídos).

—Cuéntenos un cuento de su país. Ya nos dijo que no hay toros, ni deportes nacionales como en México, y que el «rotito» chileno bebe mucho y no da esperanza de hacer algo.

—¡Y sin embargo, qué nacionalistas somos; mejor dicho, yo soy la más nacionalista allá, y por eso me apenaba que en el Callao algunos me llamaran «la chilena». Sólo que allá en mi país no todo está nacionalizado como en Francia, donde hasta la Virgen de Lourdes lo está («se vende

agua milagrosa», etc.) El lema de los chilenos ya lo saben: Por la razón o por la fuerza... (El mito, repuso Vasconcelos).

El aire era una caricia resplandeciente. Más allá se erguían, labrados en plata de fábula, los volcanes. Estaba floral y pasajero el Valle. De pronto, alguien, y no se sabe por qué ni cómo, inició relatos de cuentos con uno en que aparece una tarántula.

—¿Conoce usted la tarántula?—preguntó a Gabriela.

—No la recuerdo bien. Las conozco mucho de nombre, y hasta me las han presentado, pero tengo tan mala memoria... Voy a contar a ustedes un cuento vivido, algo que me pasó: Yo trabajaba en ese pueblecito de que le he hablado tanto, Los Andes, pero vivía fuera de él, en un monte, acompañada de dos criadas, y había un guardián que me salía al camino a darme los buenos días. La directora de la escuela era de parecer que yo viviese en el pueblecito para no tener tanto que caminar, pero yo le prometí que sería la profesora más puntual. La víspera del día que iba a comenzar mis labores, advertí a la india que la primera que se levantase temprano, despertaría a la otra. Me retiré al piso de arriba cuando todo estaba envuelto en esa calma de los Andes. Dormimos. Pero cuando desperté, ví que había mucha claridad afuera y llamé a la muchacha: ella encendió lumbre para hacer té, «me desayunó», y le dije que sacara el quitasol porque esa mañana estaría ardiente. Nos pusimos en marcha y el guardia del camino nos preguntó a dónde íbamos tan de mañana. Le expliqué todo y él se rió: «Pero si es la luna, señorita, y serán las dos de la mañana». Cerré mi quitasol y nos volvimos a casa, a seguir durmiendo. La directora rió mucho cuando le conté lo sucedido y desde entonces me llamaba «la del quitasol bajo la luna».

Así fué el cuento de Gabriela. Es una parábola que conmoverá a muchos corazones sin maldad, capaces de elevarse hasta su alto sentido humano. He pensado en Pedro Prado el de «Las Pataguas». Yo no la oí, ni aquella tarde, ni otras después, hablar de cosas torvas ni decir mal de nadie: cuando ha aludido a alguien, por quien tal vez no tiene simpatía, ha hecho tan discreta la herida, que al segundo se la ve cicatrizar con el aroma del dardo «¡Tanta palabra airada!», exclamó ella una vez. Lo más que le oído decir de un escritor es lo siguiente: «Hace malos versos, pero es tan simpática su persona!»

—No crea—me dice—han exagerado: lo que yo he hecho es poesía dolorosa, pero ya me estoy aliviando.

Y en seguida, no sé por qué: